



NUEVOS

# ENIGMAS HISTÓRICOS AL DESCUBIERTO

César Vidal

DE NOSTRADAMUS  
A SADDAM HUSSEIN

¿Acertó Nostradamus en sus profecías? ¿Tuvo Jesús de Nazaret hermanos? ¿Por qué hubo judíos que combatieron a favor de Hitler? ¿Quién fue Jack el Destripador? ¿Fue un fraude la victoria electoral de JFK?... Son preguntas que la Historia nos plantea y que no siempre reciben una respuesta clara. En el presente libro, continuando con la labor que ya emprendió en su obra *Enigmas históricos al descubierto*, el prestigioso historiador César Vidal se enfrenta con veintisiete enigmas históricos y los resuelve de manera documentada, imparcial y sólida. El resultado es un libro apasionante y ameno que gusta por igual a los aficionados a la Historia y a los totalmente profanos porque, después de todo, en esa Historia nos hallamos inmersos todos.

*Ne bis in idem dice el adagio latino pero yo me siento obligado a dedicar también esta segunda entrega a Javier Rubio, director de Libertad Digital, y al resto de los compañeros de la redacción que, especialmente en los últimos tiempos, han dado muestra de una profesionalidad insobornable, una independencia de criterio sorprendente y una objetividad admirable en su trabajo. Que en estos momentos Libertad Digital sea el periódico virtual español más visitado en la red no resulta extraño. Se trata simplemente del fruto más que merecido de una incomparable labor.*

## Introducción

Acababa la primavera de 2002, es decir, la del año pasado y entregaba yo a Ricardo Artola, mi editor en Planeta, el texto de *Enigmas históricos al descubierto*. Contábamos ambos con que la obra, basada en trabajos anteriores míos publicados en su mayoría en el periódico en internet *Libertad Digital* tuviera buena acogida. Humildemente debo reconocer que no nos equivocamos. En el momento en que escribo estas líneas han salido a la calle seis ediciones del libro y a punto está de hacer su aparición en edición de bolsillo.

A mi juicio, la razón fundamental del éxito de *los Enigmas* ha radicado —aparte de en la benevolencia de los lectores— en una conjugación de forma y fondo. Deseaba yo que los trabajos fueran fruto de un contraste riguroso de las fuentes y de la bibliografía más actualizada pero, a la vez, ansiaba rehuir el academicismo que no pocas veces no es más que pedantería y que tanto contribuye a apartar al gran público de una disciplina tan apasionante como es la Historia. El resultado final fue el apetecido.

Sin embargo, en la selección que en aquel entonces realizó la editorial quedaron descartados no pocos enigmas que también tenían enorme interés y, por añadidura, a lo largo de este año yo también he seguido con mi tarea de publicar semanalmente otros nuevos en *Libertad Digital*. Podrá entenderse con facilidad que cuando Ricardo Artola me propuso —a la altura de la tercera o la cuarta edición— llevar a cabo la redacción de una segunda entrega le contestara afirmativamente.

Como en el caso del primer volumen, he procurado combinar en éste las distintas Edades de la Historia y tanto la trayectoria nacional como la internacional. Una vez más abarcamos dos milenios de discurrir humano, que van de la inagotable figura que es Jesús a la felizmente derribada hace unos días de Saddam Hussein y su siniestra dictadura. Por supuesto, no he podido resistirme a la tentación de volver a transitar terrenos como el de la base real de determinados seres imaginarios (Drácula), las referencias a la Historia militar (Armada invencible), el desvelamiento de acciones relacionadas con el mundo del espionaje (Philby, el topo de Hitler...) o la personalidad oculta y, por regla general, tan importante de aquellos que han regido los destinos de sus semejantes (Enrique IV el Impotente...).

Una vez más resulta obligado recordar que ésta es una obra de divulgación que tan sólo pretende acercar al gran público a ese mundo apasionante de la Historia al que he dedicado décadas de mi actividad profesional. Para los que deseen profundizar en los diversos temas adjunto una breve bibliografía recomendada al final de la práctica totalidad de los capítulos.

Nada más. Sólo indicar mi gratitud a los lectores que tan bien acogieron la primera entrega y a los que tuve constantemente presentes mientras preparaba esta segunda. Los enigmas y su resolución los esperan. Entren en ellos y disfrútenlos.

*Madrid, primavera de 2003.*

# 1

## ¿Tuvo Jesús hermanos?

El reciente descubrimiento de un osario en Jerusalén con la inscripción «Jacob, hijo de José y hermano de Jesús» causó hace unos meses un notable revuelo en los medios de comunicación al interpretarse como una prueba de que Jesús de Nazaret habría tenido hermanos, lo que, supuestamente, significaría una conmoción que haría tambalearse las bases del cristianismo. Ante semejante situación, cabe preguntarse: ¿tuvo Jesús hermanos? y, en caso de respuesta afirmativa, ¿qué trascendencia tendría esa circunstancia para la fe cristiana?

La referencia a los hermanos de Jesús sólo puede causar sorpresa en aquellos que no han leído nunca el contenido completo de los Evangelios. En estos textos abundan las referencias a los hermanos de Jesús e incluso llega a darse el nombre de los mismos. Como señala el Evangelio de Marcos 6, 3 ss, y el de Mateo 13, 54-55, los hermanos se llamaban Santiago, José, Simón y Judas y habría al menos dos hermanas de las que no se dan los nombres. Sabemos también por el Nuevo Testamento que esos hermanos no creían en Jesús inicialmente (Juan 7, 5) y que incluso en un primer momento, en compañía de María, intentaron disuadirle de su ministerio (Mateo 12, 46 ss). Esa incredulidad de los hermanos de Jesús —profetizada ya en el Salmo 69, 8-9, de los hijos de la madre del Mesías— seguramente explica que en la cruz encomendara el cuidado de su madre al discípulo amado. Sin embargo, también consta que se produjo un cambio al poco de la muerte, ya que en Pentecostés tanto María como los hermanos de Jesús ya formaban parte de la comunidad judeocristiana de Jerusalén (Hechos 1, 14). No sabemos con total certeza a qué obedeció la transformación pero todo parece señalar que a la convicción de que Jesús había resucitado. De hecho, Pablo escribiendo un par de décadas después de los hechos señalaba que entre las personas que vieron a Jesús resucitado se encontraba Santiago (I Corintios 15, 7). Cabe pues pensar que esa circunstancia provocó un cambio radical en él y, muy posiblemente, el de los otros hermanos.

El papel que tendrían en los años siguientes en el seno de la comunidad cristiana varió pero no cabe duda de que

Santiago fue el más importante. En torno a década y media después de la crucifixión, Santiago era con Pedro y Juan una de las «columnas» de la comunidad judeo-cristiana de Jerusalén según informa el propio Pablo escribiendo a los gálatas (Gálatas 2, 9). La marcha a actividades misioneras de Pedro y Juan dejó a Santiago como dirigente indiscutible de la comunidad jerosilimitana de tal manera que en torno al año 49 se celebró bajo su presidencia un concilio que abrió definitivamente las puertas de la nueva fe a los no-judíos. El acontecimiento, narrado en el capítulo 15 del libro de los Hechos de los Apóstoles, tiene una enorme relevancia, ya que muestra cómo, a diferencia de lo que se afirma tantas veces, la conversión del cristianismo en una religión universal no derivó de Pablo sino de los dirigentes judeocristianos, muy especialmente Santiago y también Pedro. Sólo con el paso del tiempo, Pablo se convertiría en el principal defensor de esa tesis y, sobre todo, en su transmisor en Europa.

Algunos años después de esas fechas, Santiago debió escribir la epístola que lleva su nombre y que figura en el Nuevo Testamento. En ella se refleja con claridad la dificultad que pasaba la comunidad de Jerusalén durante la década de los cincuenta y la preocupación de Santiago por el hecho de que la doctrina de la justificación por la fe enseñada por Pablo en algunos de sus grandes escritos como la epístola a los Gálatas (1, 15-21; etc.) o a los Romanos (3, 21-30; 4, 1-6; 5, 1, etc.) no derivara en un antinomianismo. Santiago sostenía —como Pedro lo había hecho en el concilio de Jerusalén (Hechos 15, 8-12)— que la justificación no podía venir por las obras sino por la fe en Jesús pero insistía en que semejante justificación debía quedar de manifiesto en comportamientos tangibles. En otras palabras, desarrollaba el mismo argumento que algún tiempo después Pablo señalaría en su epístola a los Efesios (2, 8-10): la salvación era por la gracia de Dios recibida a través de la fe pero de ello debía desprenderse con posterioridad una vi-



da de obediencia, no para obtener la salvación sino porque ya se tenía la salvación. Esta identidad de visión explica que las relaciones con Pablo no quedaran nubladas por este escrito —algo que hubiera sucedido, sin duda, si Santiago hubiera negado la tesis de la justificación por la fe— como también se desprende del encuentro que ambos tuvieron en Jerusalén poco antes de la detención del apóstol de los gentiles (Hechos 21). Santiago continuaba siendo un fiel seguidor de la Torah mosaica a la vez que un conocido cristiano y la unión de ambas circunstancias le había permitido ganar para la fe de su hermano a millares de judíos.

Los testimonios neotestamentarios sobre Santiago concluyen en ese punto —un argumento muy poderoso a la hora de datar la redacción de los Hechos de los Apóstoles antes del 62 a. J. C.— pero no los extra-bíblicos. Por el historiador judío Flavio Josefo —al que volveremos a encontrarnos en el enigma siguiente— sabemos, por ejemplo, que fue linchado en el 62 d. J. C. por una turba de integristas judíos y curiosamente este historiador lo menciona como «Santiago, el hermano de Jesús, el llamado mecías».

Del resto de los hermanos de Jesús poco sabemos. Hegesipo transmite la noticia de que las hermanas se llamaban Salomé y Susana, y el Nuevo Testamento contiene una epístola de Judas que, posiblemente, se deba al hermano de Jesús del mismo nombre, ya que en ella se presenta como «hermano de Santiago». Más interesantes son en otros aspectos los datos proporcionados por Hegesipo. Por ejemplo, tal y como transmite Eusebio, en *Historia eclesiástica* II, 1, Hegesipo dice que «Santiago, que era llamado el hermano del Señor», era «hijo de José, y José era llamado el padre de Cristo, porque la virgen estaba comprometida con él cuando, antes de que tuvieran relaciones íntimas, se descubrió que había concebido por el Espíritu Santo». Es obvio que Santiago podía ser hijo de un matrimonio anterior pero, en cualquier caso, primo de Jesús no era y sí hijo de José, el marido de María. Como mínimo, nos encontra-

ríamos, por lo tanto, con un hermanastro. Asimismo en III, 11 al referirse a la sucesión de Santiago por Simeón, el hijo de Cleofás, dice que era «primo del Salvador, porque Hegesipo relata que Cleofás era hermano de José» (III, 11). Nuevamente, la relación familiar es obvia y Eusebio vuelve a insistir en ella en III, 19. Dice de Judas, reproduciendo a Hegesipo: «Sobrevivieron de la familia del Señor los nietos de Judas que era, según la sangre, hermano suyo». Las otras referencias de Hegesipo vg: III, 32 abundan en esta misma línea.

Tal y como informa Eusebio de Cesarea en su *Historia eclesiástica*, en la época de Domiciano se procedió a la detención de otro de los hermanos de Jesús por temor a que, siendo de ascendencia davídica, pudiera sublevarse contra Roma. Tras interrogarlo, las autoridades romanas llegaron a la conclusión de que eran inofensivos y los pusieron en libertad.

Finalmente, ha de señalarse que el último familiar de Jesús que conocemos, un tal Conón, hijo de un hermano, fue martirizado a inicios del siglo II y su tumba se encuentra en Nazaret dentro del recinto de la basílica de la Anunciación y bajo los cuidados actuales de la Custodia de Tierra Santa encomendada desde hace siglos a los franciscanos. Por lo tanto, de todo lo anterior se desprende que cualquiera que conozca el Nuevo Testamento —no digamos ya si además ha leído a Josefo o a Eusebio de Cesarea—, la mención de los hermanos de Jesús no reviste ninguna novedad.

¿Qué cabe decir sobre la supuesta repercusión del hallazgo sobre las distintas confesiones cristianas? Para las Iglesias protestantes que siguiendo la interpretación judía siempre han interpretado el término «hermano» como hermano carnal, no existe la menor incidencia negativa del supuesto hallazgo de Santiago. El mismo sólo vendría a confirmar, de asegurarse su autenticidad, lo ya sabido por la Biblia y por fuentes cristianas muy antiguas como Josefo o Eusebio de Cesarea. Sabido es que la Iglesia católica y las

Iglesias ortodoxas sostienen, por el contrario, el dogma de la virginidad perpetua de María que, obviamente, colisiona con esa interpretación. Sin embargo, con toda seguridad, el descubrimiento no va a alterar su dogmática más de lo que lo hayan podido hacer los datos consignados en las Escrituras. Históricamente, algunos representantes de la Patrística —salvo algunos autores muy antiguos que aceptarían la interpretación judeo-protestante— han interpretado el término «hermano» como «hermanastro» —lo que convertiría a Santiago, José, Simón y Judas en fruto de un matrimonio anterior de José— o, más comúnmente como parientes o primos. Ciertamente, tal interpretación es imposible sobre el griego del Nuevo Testamento donde existen términos específicos para primo (*anépsios* en Colosenses 4, 10) y para pariente (*singuenis* en Lucas 14, 12). No obstante, puede ser posible en hebreo o arameo, donde el término «ah» (hermano) tiene un campo semántico más amplio que puede incluir otras relaciones de parentesco. Es verdad, como decía Paul Bonnard, que de no mediar el dogma de la virginidad perpetua de María seguramente no se habrían dado tantas vueltas para llegar a esa conclusión pero no es menos verdad que semejante conclusión no es descabellada. Por lo tanto —y debería ser una lección que aprendieran algunos periodistas— ni el dato es nuevo y sensacional ni va a alterar en absoluto el dogma de ninguna de las confesiones cristianas más de lo que hayan podido hacerlo los casi veinte siglos de existencia del Nuevo Testamento.

## COMENTARIO BIBLIOGRÁFICO

Las obras sobre los hermanos de Jesús no son abundantes, pero el reciente interés por la figura de Santiago ha ampliado ciertamente su número. He estudiado con anterioridad a este personaje en *El primer Evangelio: el documento Q*, Barcelona, 1993, y sobre todo en *El judeo-cristianismo palestino en el siglo I: de Pentecostés a Jamnia*, Madrid, 1995. En esta última obra dediqué además bastante espacio a analizar los escritos judeo-cristianos y de una manera muy especial la carta de Santiago que reproduce con notable exactitud —y el correspondiente interés para el investigador— el panorama del judeo-cristianismo de Jerusalén en vísperas de la rebelión contra Roma en el 66 d. J. C.

Desde el punto de vista de la apologética católica que mantiene que los hermanos eran en realidad parientes de Jesús, la bibliografía es escasa pero continúa siendo de importancia capital la obra de G. M. de la Garenne, *Le problème des Freres du Seigneur*, París, 1928. En mayor o menor medida, las obras católicas posteriores le son tributarias en sus argumentos.

## 2

## ¿Aparece Jesús en fuentes históricas distintas de las cristianas?

Las referencias históricas sobre Jesús son relativamente abundantes. Aparte de los cuatro Evangelios canónicos —Mateo, Marcos, Lucas y Juan—, el Nuevo Testamento contiene otros veintitrés escritos en los que se recogen datos diversos sobre la vida y la enseñanza de Jesús. A estas fuentes se añaden distintos escritos apócrifos de valor desigual y referencias patrísticas datables todavía en el siglo I. Sin embargo, precisamente por la extracción de esas fuentes —cristianas y heréticas— resulta de interés preguntarse si hay más fuentes históricas que mencionen a Jesús y, sobre todo, si esas fuentes son distintas de las cristianas. Realmente Jesús es un personaje del que tenemos noticia únicamente a partir de los escritos de sus seguidores —ortodoxos o desviados— o, por el contrario, ¿aparece Jesús en fuentes históricas distintas de las cristianas?

Las primeras referencias a Jesús que conocemos fuera del marco cultural y espiritual del cristianismo son las que encontramos en las fuentes clásicas. A pesar de ser limitadas, tienen una importancia considerable porque surgen de un contexto cultural previo al Occidente cristiano y porque —de manera un tanto injustificada— son ocasionalmente las únicas conocidas incluso por personas que se presentan como especialistas en la historia del cristianismo primitivo.

La primera de esas referencias la hallamos en Tácito. Nacido hacia el 56-57 d. J. C., Tácito desempeñó los cargos de pretor (88 d. J. C.) y cónsul (97 d. J. C.), aunque su importancia radica fundamentalmente en haber sido el autor de dos de las grandes obras históricas de la Antigüedad clásica: los *Anales* y las *Historias*. Fallecido posiblemente durante el reinado de Adriano (117-138 d. J. C.), sus referencias históricas son muy cercanas cronológicamente en buen número de casos.

Tácito menciona de manera concreta el cristianismo en *Anales* XV, 44, una obra escrita hacia el 115-117. El texto señala que los cristianos eran originarios de Judea, que su fundador había sido un tal Cristo —resulta más dudoso saber si Tácito consideró la mencionada palabra como título o como nombre propio—, ejecutado por Pilato y que durante el principado de Nerón sus seguidores ya estaban afincados en Roma, donde no eran precisamente populares.

La segunda mención a Jesús en las fuentes clásicas la encontramos en Suetonio. Aún joven durante el reinado de Domiciano (81-96 d. J. C.), Suetonio ejerció la función de

tribuno durante el de Trajano (98-117 d. J. C.) y la de secretario *ab epistulis* en el de Adriano (117-138), cargo del que fue privado por su mala conducta. En su *Vida de los Doce Césares* (Claudio XXV), Suetonio menciona una medida del emperador Claudio encaminada a expulsar de Roma a unos judíos que causaban tumultos a causa de un tal «Cresto». Los datos coinciden con lo consignado en algunas fuentes cristianas que se refieren a una temprana presencia de cristianos en Roma y al hecho de que un porcentaje muy elevado eran judíos en aquellos primeros años. Por añadidura, el pasaje parece concordar con lo relatado en Hechos 18, 2, y podría referirse a una expulsión que, según Orosio (VII, 6, 15), tuvo lugar en el noveno año del reinado de Claudio (49 d. J. C.). En cualquier caso, no pudo ser posterior al año 52.

Una tercera referencia en la historia clásica la hallamos en Plinio el Joven (61-114 d. J. C.). Gobernador de Bitinia bajo Trajano, Plinio menciona a los cristianos en el décimo libro de sus cartas (X, 96, 97). Por sus referencias, sabemos que consideraban Dios a Cristo y que se dirigían a él con himnos y oraciones. Gente pacífica, pese a los maltratos recibidos en ocasiones por parte de las autoridades romanas, no dejaron de contar con abandonos en sus filas.

A mitad de camino entre el mundo clásico y el judío nos encontramos con la figura de Flavio Josefo. Nacido en Jerusalén el año primero del reinado de Calígula (37-38 d. J. C.), y perteneciente a una distinguida familia sacerdotal cuyos antepasados —según la información que nos suministra Josefo— se remontaban hasta el período de Juan Hircano, este historiador fue protagonista destacado de la revuelta judía contra Roma que se inició en el año 66 d. J. C. Fue autor, entre otras obras, de la *Guerra de los judíos* y de las *Antigüedades de los judíos*. En ambas obras encontramos referencias relacionadas con Jesús. La primera se halla en Ant. XVIII 63, 64 y su texto en la versión griega es como sigue: